



Antigua Plaza Victoria
(reproducción, marzo, 1929)

HAPPENING EN PLAZA MAYO

De ayer a hoy

De lejos llega el sonido de la quena. Sonido de vastos espacios, agudo y melancólico, asciende a la meseta, se insinúa en los valles, corre por los ríos, se enlaza en los montes, atraviesa llanuras, y lleno de nostálgicas inmensidades, hoy danza en la Plaza de Mayo. De la cadencia a un carnavalito. Los collitas, emponchados de negro y blanco, trazan sobre el tablado las sinuosas vueltas del baile nativo. Apenas entreabierto, vuelve a cerrarse la rueda serpentina, al ritmo acompasado por la quena, sin alterar los múltiples revoloteos la dignidad entre humilde y desdenosa del indio. Después de esta confraternidad serrano-porteña, se aleja la comparsa. En el tablado se presenta ahora una pareja, el compadrito y su compañera; él, chambergo y pañuelo blanco de rigor anudado al cuello; ella, ceñida en inquietante vaina de raso negro. Al son de un tango arrabalero, nos transportan a barrios orilleros. Les sigue un conjunto musical que entona **La Marcha de San Lorenzo**, imprimiéndole original cadencia, mientras vistosos granaderos se ubican en el escenario negro y blanco sobre el cual se destacan, muy decorativos, los rojos y azules uniformes.

En el auditorio se encuentran autoridades de la Comuna, patrocinantes de este acto que tuvo por marco a la Plaza de Mayo y con el que culminan los festejos de la Semana de Buenos Aires. La dirección encomendada a Eduardo Bergara Leumann fue un acierto. Sólo hay que lamentar la falta de una mayor divulgación; hubiera permitido a un más amplio sector de público celebrar este espectáculo como merecía serlo. No es fácil que un espectáculo sea popular sin caer en lo chabacano. Bergara Leumann no sólo evitó este escollo sino que supo darle alto nivel artístico. Con él, todo lo insólito resulta posible. Aún en una representación callejera, conserva el ajuste de un plan cuidadosamente ordenado, sin perder la gracia de lo espontáneo.

¿Exito? ¿Quién lo duda! Como auténtico artista, y por consiguiente creador, todo lo que hace es original. En la Botica logró perder a los argentinos el miedo al ridículo. No es poca victoria.

La numerosa concurrencia retribuye sin escatimar sus aplausos. La mayor parte del público asistió al espectáculo de pie, como en los tiempos heroicos de los primeros teatros porteños. Pero dentro del recinto oficial, una vez agotados los contados asientos, mucha gente optó por sentarse en el suelo, formando varias hileras sobre una alfombra que cubría las baldosas. Al finalizar la función, los artistas bajaron de la tarima y, como lo instauró la Botica del Angel, se unió al público para seguir el baile con la platea eufórica. Ningún espectador queda indiferente a ese contacto con las **vedettes**, él mismo se siente un poco **vedette**, él también así es parte del espectáculo. Bergara Leumann tiene el secreto de estos hallazgos que hacen de este brillante **show** al aire libre materia exportable. Puesto al alcance de auditorios internacionales, sería buen exponente de nuestra cultura popular, no siempre presentada con tanto ingenio y gusto, ni aquí ni en el extranjero.

Casi inevitable surge la comparación entre ayer y hoy al asistir a un espectáculo realizado en un barrio que fue cuna de nuestro teatro. Cómo dejar de recordar el camino recorrido aquí por las manifestaciones escénicas hasta colocar actualmente a Buenos Aires entre las ciudades de mayor actividad dramática. Apenas dos siglos desde que se inician las primeras representaciones teatrales, venciendo múltiples dificultades. Evocación ineludible de aquellas precursoras tentativas, tímidas y esporádicas, limitadas a modestos tabladillos callejeros, o a ocasionales **divertimenti** en recatados salones cortesanos y en austeras aulas conventuales, cuando no en cuarteles, como la función realizada en

el Fuerte, a mediados del siglo XVIII, con la actuación de los militares de la guarnición. Ahora se entiende, con la perspectiva del tiempo y a través de la historia, que aquellos espectáculos compuestos generalmente por cantos, loas, entremeses y alguno que otro sainete de procedencia hispánica, pero debidamente expurgado antes de cruzar el Atlántico para el consumo americano, pronto serían insuficientes para satisfacer el impulso renovador de avanzados principios humanistas que brotaban del suelo americano, anunciadores de ansias de independencia.

Según Talleyrand, cuando no se puede derribar a un adversario hay que conquistarlo seduciéndolo. El Virrey Vértiz, hábilmente adoptó esa fórmula para autorizar las representaciones teatrales, motivo de polémicas y de reprobación. Bastó dar carácter benéfico al destino de los fondos recaudados por las funciones. Los favorecidos serían los Niños Expósitos. Y ya quedó resuelto gran parte del litigio, vencida la oposición y acalladas las críticas. Además del carácter profano que se atribuía entonces, en general, a todo lo relacionado con las tablas, había aquí en las autoridades de la época colonial un rechazo particular, motivado por el temor ante cualquier innovación que pudiera favorecer la emancipación de las Indias.

Con razón Mariano Moreno, con su visión luminosa, daría su apoyo al teatro, entendiendo cuánto el arte dramático era poderoso medio de difusión cultural y, por consiguiente, valioso recurso político-social en una época en que era vedada la libre expresión y que resultaba sospechosa una excesiva ilustración. ¡Quién sabe si aún hoy nos hemos librado completamente de semejante prejuicio!

Cuando la Ranchería abre sus puertas, ya la partida estaba ganada. A pesar de las limitaciones aún forzosas, a pesar de las irregularidades de las funciones, a pesar del analfabetismo, de la prohibición de imprimir, de la censura y otras infinitas trabas, ya nada ni nadie podría detener el avance liberal. La Ranchería no sólo marca una etapa decisiva en nuestra estabilidad escénica, también simboliza la aurora de una liberación. El teatro entonces queda estrechamente vinculado a los acontecimientos históricos nacionales, padeciendo sus vicisitudes y celebrando sus glorias.

Miré a mi alrededor y por un instante temí de que todo fuera pura imaginación ¿Estos indios, fieles a sus ritos milenarios, serían los que los misioneros jesuitas,



valiéndose de las aptitudes dramáticas del indígena, querrían instruir? ... ¿Fantasmas también estos espectadores sentados sin ceremonia en el suelo? Sólo 150 años antes, en estos mismos lugares, nacían penosamente nuestras actividades teatrales de las que hoy asegura la continuidad un desaprensivo espectador. A la vuelta, en Perú y Alsina, se alzó entonces La Ranchería, en el predio de un convento, cedido no sin gran prudencia y miramientos. Ahora en el Barrio de San Telmo, luces encendidas como estrellas señalan el Teatro de San Telmo, el Teatro del Bajo, en la Plaza Dorrego, al aire libre, el Teatro de La Pulpería, La Botica del Angel, y aquí mismo ¿será posible? un **happening** donde las autoridades comunales bailan con los actores... Un lema inscripto en el frontispicio del Viejo Coliseo Provisional une pasado y presente, disipa brumas evocadoras, domina vértigos de tiempo: "El teatro es espejo de la vida".

Dos aspectos del inusitado espectáculo creado por Bergara Leumann

